

Paco a drug story.¹

Valerio Bispuri.

Ed. Contrasto

124 páginas. Roma, 2017.

Ariel Pennisi²

El libro

A través del fotoreportaje Valerio Bispuri presenta ángulos desconocidos de la compleja trama del paco: la vida abismada, el placer al límite de la muerte, la narcocultura, la soledad de las organizaciones y referentes ante la indiferencia o complicidad del Estado... El fotógrafo asume la tarea de construir un contacto visual capaz de perforar la indolencia social. Paradójicamente, el perpetuo extranjero crea una intimidad con las vidas a las que se acerca. Barriadas populares inmersas en una alucinación, cuerpos entregados a un limbo refractario a toda moral, luchas desiguales que resisten ahí donde todo conduce al callejón sin salida. Las fotografías cuidadosamente seriadas en el libro son táctiles y, por qué no, sonoras. Imágenes-zumbido que no dejan de recordarnos que la historia del paco es nuestra historia.

El fotoreportero

Etnología de hecho... Su método es fotográfico, pero su interés antropológico se pone en juego cuando un territorio y unos desconocidos lo interpelan. No hay una razón clara que origine el gesto ¿Por qué la cárcel? ¿Por qué el paco? ¿Por qué la trata? “Es la sensibilidad social”, dice un sentido común acostumbrado a que alguien se haga cargo de su añorada buena conciencia. “Es la voluntad de dar voz a los que no tienen voz”, se le escucha a un cientista social descuidado. “Es amor al prójimo”, reza un cristiano con jerarquía. Entre la izquierda, la afinidad popular y la cristiandad que aun llevamos en las venas, se debate la mejor razón: el rostro del Bien.

El fotógrafo, arriesgado a la hora de los disparos, es más cauteloso cuando se le piden explicaciones. No sabe de antemano qué lo mueve, lo descubre en el proceso que abre su lente. ¿Sensible? Claro. ¿Algo compasivo? Tal vez. ¿Un poco de izquierda? Sin dudas. Pero con eso no alcanza. La buena conciencia es el descanso de las buenas intenciones huérfanas de cuerpo. Valerio Bispuri es un fotorreportero cabal, intempestivo, pertenece a la saga de los que ponen el cuerpo. Intuición, perseverancia sin saber, método y, finalmente, tras arduos años caminando, llega el momento de las

¹ Enviado 13/12/17. Aceptado 26/12/17.

² Licenciado en Comunicación Social (Universidad CAECE). Docente Universidad Nacional de Avellaneda y de la Universidad del Cine. Contacto: arielpennisi@yahoo.com

reflexiones. ¿Qué es la intuición sino un saber del cuerpo que antecede causas y razones?

Podría haber hecha suya esa sentencia nietzscheana que dice: “Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría”. Se trata, sí, de una fotografía corporal, “di pancia”, como él mismo dice. Pero claro, la panza tiene razones que la propia razón no comprende. Una inteligencia construida a base de ensayo y error, es decir, ángulo tras ángulo. Un ángulo para ubicarse, incluso ocultarse, un ángulo posible, e incluso un ángulo imposible. Y una idea fundamental: la foto aparece una vez agotado el espacio, mecanizado el cuerpo, aplacado el ánimo. “Hay que llegar a aburrirse de la situación para sacar la foto decisiva”. El enemigo principal es el estereotipo. La estrategia de Valerio es anímica: aburrirlo. Muchas veces nos parecemos a nuestro enemigo y, en ese sentido, el fotoreportaje de Valerio pelea a corta distancia de ese monstruo poliforme que es la miseria, conoce su borde. Hay que volverse un surfista para deslizarse en los miserables bordes del estereotipo y desoír la tribuna de guiños que espera en la arena. De ahí el vértigo que se percibe en sus fotos.

Por eso, en honor a su arte (fotógrafo), a su ciencia (etnólogo), su deporte (surfista), no podríamos devolver su trabajo al arcón de los cumplidos biempensantes. En sus retratos no hay víctimas. Hay vida. Y la vida es dura. Entre el placer y la muerte, como se lee en el prólogo de César González. ¿Se excede el fotógrafo? En el territorio se comporta como un animal con más olfato que moral, en el laboratorio lo asaltan las preguntas que configuran una posible ética. El punto de partida es siempre una experiencia que, en realidad, lo excede. El espacio entre ser excedido y excederse es un dominio ético que habita y en él nos incluye cuando, distraídos o interesados, nos topamos con esas imágenes.

¿Qué nos pasa y qué hacemos ante el dolor de los demás? Es la pregunta que recorre el libro de Susan Sontag sobre la fotografía de guerra. Oscilamos entre la reflexión posible y una parálisis indignada. ¿Nos agitan o nos frustran? Tal vez un poco de ambas. Apostamos a que la desproporción dibujada por el recorrido del trabajo fotográfico nos conecte con la inquietud, con el esfuerzo de un cuerpo que se sumerge en una tierra incógnita y se mezcla parcialmente con otras vidas; con la paciencia de una vida dedicada a aburrir espacios para robar la foto justa, con la destreza y los dilemas técnicos.

La pregunta permanece abierta como una herida, un periplo digno del heroísmo antiguo para entregar una imagen a la zona menos esforzada de nuestra percepción: la vista. La lente es una puerta de doble entrada y en el umbral el susurro nos llama detrás del espejo: “entra, entra”. Nosotros, sensibles, algo compasivos, un poco de izquierda, y sobre todo intempestivos, nos comprometemos con esas imágenes que nos exceden.